

Una salud, un destino: apreciar la conectividad sanitaria entre los ecosistemas, la vida silvestre, el ganado y la población

S.H. Newman, J. Slingenbergh y J. Lubroth



La actual labor de la FAO en materia de salud animal consiste en abordar las enfermedades infecciosas emergentes en la interfaz animal-ser humano-ecosistema.

La idea de abordar el problema de la conectividad entre la salud animal y la salud humana no es nueva. En el decenio de 1960, en los Estados Unidos de América, Calvin Schwabe, epidemiólogo y parasitólogo veterinario, acuñó la expresión «Medicina compartida», que supone adoptar un enfoque unificado de la medicina veterinaria y de la medicina humana en la lucha contra las enfermedades zoonóticas, que son aquellas transmitidas de los animales al ser humano. Basándose en este concepto, la Sociedad para la Conservación de la Vida Silvestre ideó la expresión «Un mundo, una salud^{MR}», y formuló, con la participación de la FAO, los Principios de Manhattan, que se centran en la prevención de la emergencia y reemergencia de las enfermedades en el moderno mundo globalizado. El concepto ha seguido evolucionando; en 2010, la FAO y sus asociados internacionales han comenzado a utilizar el término de «salud compartida» para expresar la vinculación entre la salud animal y la salud humana y la dependencia de ambas de la salud ecológica o medioambiental. Ha quedado en claro que la emergencia de las enfermedades infecciosas, si bien compleja en el medio natural, se ve impulsada hasta cierto punto por

Scott H. Newman es Coordinador de la Unidad de Vida Silvestre, y **Jan Slingenbergh** es Oficial superior de sanidad animal del Sistema de prevención de emergencia de plagas y enfermedades transfronterizas de los animales y las plantas (EMPRES), División de Producción y Sanidad Animal, FAO, Roma. **Juan Lubroth** es Jefe del Servicio de Sanidad Animal, División de Producción y Sanidad Animal, FAO, Roma.

cambios ecosistémicos que se asocian con el crecimiento de la población humana mundial, el aumento de la demanda de proteínas animales, el consumo insostenible de los recursos naturales, la pérdida de biodiversidad y la fragmentación del hábitat —factores que conducen a la merma de los servicios ecosistémicos. Los sistemas agrícolas intensivos son asimismo fértil terreno de cultivo de patógenos que pueden infectar a muchos hospederos, incluido el ganado, la flora y fauna silvestres y las personas.

Los sistemas naturales, como los bosques, pastizales, humedales y océanos, proporcionan servicios ecológicos de los cuales dependen todas las formas de vida. Los bosques, por ejemplo, contribuyen a purificar el aire y el agua y a mitigar las concentraciones de gases de efecto invernadero en la atmósfera. La alteración de los sistemas naturales —bien sea en un entorno rural, periurbano modificado o urbano— se traduce en una disminución de servicios ecosistémicos, que conduce a la aparición de enfermedades y al aumento de los riesgos para la salud de todas las especies de un ecosistema, incluidas las plantas, la flora y fauna silvestres, el ganado y los seres humanos. Además, el cambio climático y la pérdida de resiliencia ecosistémica son factores que preparan el terreno para la irrupción de nuevas amenazas para la conservación y la salud.

Aproximadamente el 70 por ciento de los 1 500 millones de personas más pobres depende para su subsistencia del ganado y de los recursos naturales. Las deficientes condiciones sanitarias y de bioseguridad que se registran en los ambientes multispecíficos modificados con gran densidad de población humana y en los que el ser humano es predominante, crean oportunidades para un más fácil tránsito de los patógenos de unas especies hospedadoras potenciales a otras. El consumo de carne de caza con fines de subsistencia y la cría y el comercio de animales silvestres ponen a las personas en contacto con una gran variedad de aves, mamíferos y reptiles forestales, y las exponen a nuevos patógenos.

En un mundo globalizado, en el cual los patógenos son capaces de recorrer la totalidad del planeta en un día, las enfermedades emergentes, en especial las que afectan al ser humano, al ganado o a la flora y fauna silvestres, pueden tener consecuencias socioeconómicas adversas considerables. Las repercusiones pueden ser graves para la salud pública, los medios de vida y la seguridad alimentaria, y también para el comercio y el turismo internacionales.

Desde 2006, la FAO ha sido un asociado esencial en una serie de conferencias interministeriales sobre la gripe animal, aviar y pandémica.

La conferencia de 2007 (Nueva Delhi, India) abordó las cuestiones más amplias vinculadas a las enfermedades infecciosas emergentes en la interfaz animal-ser humano-ecosistema. La Declaración de Hanoi, aprobada en la conferencia de 2010, reafirmó que para que fuesen capaces de hacer frente a las amenazas de las enfermedades de elevado impacto que surgen en esta interfaz (por ejemplo, la gripe aviar altamente patógena H5N1 y la gripe pandémica [H1N1]) los sistemas sanitarios deben estar secundados por la cooperación internacional y regional, el compromiso político nacional y la colaboración intersectorial; y contar con una comunicación oportuna y transparente y con iniciativas para la creación de capacidad. Como parte del Marco de gestión de crisis para la cadena alimentaria, la FAO ha elaborado últimamente el programa «Salud compartida» con la finalidad de guiar los trabajos de la Organización en materia de sanidad animal aprovechando las pericias recabadas de muchas disciplinas, comprendida la silvicultura, la pesca, la ciencia de los recursos naturales y el derecho.

Aproximadamente el 60 por ciento de las enfermedades infecciosas humanas emergentes son de tipo zoonótico, y de éstas el 70 por ciento tienen su origen en los animales silvestres (y a menudo en los que residen en el bosque). Entre estos patógenos y enfermedades están el VIH/SIDA, los virus Nipah, Hendra y del Nilo occidental, y asimismo el virus Ebola, la rabia, el síndrome respiratorio agudo y grave (SARS) y la viruela símica. Es evidente que la solución a las amenazas planteadas por las enfermedades infecciosas emergentes reside en la colaboración y en la integración de múltiples disciplinas y asociados, incluidos los ministerios de bosques y medio ambiente, de agricultura y de salud. Aunque se necesitan mayores conocimientos científicos para entender las complejas relaciones entre emergencia de enfermedades, transmisibilidad y sistemas ecológicos, la sola ciencia es incapaz de aportar todas las soluciones. Es también indispensable abordar las dimensiones sociales y culturales de las sociedades en las cuales se cruzan los problemas relacionados con el ganado, la vida silvestre, los seres humanos y la totalidad de los ecosistemas. Es preciso estimular los cambios en las ideas y los comportamientos, y en el futuro el proceso de toma de decisiones debe llevarse a cabo teniendo conocimiento de las repercusiones adversas que derivarían de una mala ordenación de los recursos naturales y sus consecuencias para la civilización.